

los otros y su vida

Película que nos adentra en una historia cercana en el tiempo y que quiere profundizar en el alma humana ante situaciones que no son habituales

Por Luis Alberto Jiménez Acevedo



Bárbara, dirigida por Christian Petzold

Muchas veces al comienzo o al final de una película aparece rotulado: “Basada en hechos reales”, lo que indica que lo que vamos a ver o hemos visto, sigue unas pautas de unos acontecimientos que se desarrollaron realmente y lo que hace el director es darle forma para que adquiera el formato de un largometraje. Después, es el espectador quien decide si le gustó o no y pone una nota mental al realizador y, por extensión, a lo que acaba de ver.

En esta ocasión no aparece la frase citada al inicio ni al final. Ni hace falta, ni quizá se desarrollaron exactamente así los acontecimientos. Pero cuando vemos que la acción transcurre en la Alemania del Este (República Democrática Alemana o RDA), todos sabemos que lo que cuenta la película **Bárbara** (*Barbara*, Christian Petzold; 2012), pudo perfectamente ocurrir, si no de esa manera, de otra muy parecida.

El argumento nos presenta a Bárbara (Nina Hoss), una doctora, que en el verano de 1978 estuvo presa en Berlín Occidental. Cuando sale libre, es enviada al hospital de un pueblo de la RDA. Al principio su estancia allí es una tortura, pues se ve sometida a continuos registros e inspecciones. Poco a poco se va normalizando la situación gracias a la ayuda de André (Ronald Zehrfeld), director del hospital, hasta que pueda escapar hacia la otra Alemania. Así, mientras su vida se convierte en una monótona sucesión de días, lo único que la alivia son sus atenciones a los diferentes pacientes con las más diversas patologías, entre las que encuentra una embarazada que procede de un campo de prisioneros o un joven que intentó suicidarse.

en busca de unas libertades que no existen en ese lado del muro de Berlín donde ella se encontraba. La llegada a su nuevo trabajo, la relación con los compañeros, con los pacientes y su vida cotidiana, están perfectamente presentados por el director. Sus paseos en bicicleta, medio de transporte más habitual en la zona, le ayudan a evadirse de la monotonía diaria, le relajan y ayudan a vivir ciertas aventuras que tendrán mucho que ver con su futuro próximo. El recelo que la doctora tiene de todo el mundo, pues piensa que cada persona que habla con ella le está espiando y puede informar a la policía, se va tornado en confianza cuando nota que tanto el director del hospital como los propios pacientes, sobre todo estos últimos, confían en ella porque es la única alma bondadosa que hay allí. Ella, que se cierra a cualquier acercamiento de amistad, se da cuenta que hay personas que necesitan su atención, tanto física (enfermos) como emocional (director del hospital), mientras vive en un miedo constante ante la posibilidad de los registros que la policía hace en su casa y en su cuerpo, totalmente vejatorios para cualquier persona. Llegando la protagonista hasta una situación límite en la que deberá decidir si el sacrificio que pasa por su mente está plenamente justificado o por el contrario lo hace porque de esa manera redime su existencia.

Nina Hoss, actriz habitual en las películas de Christian Petzold, dota a su personaje de una fuerza y sobriedad que le hace totalmente creíble, sin aspavientos estériles ni histrionismos exagerados. Asistimos a su transformación interior, de cómo se va abriendo ante los demás, cuando comprende que no todo el mundo es de la Stasi (policía política de la RDA), pese a que el oficial que registra su casa y ordena registrar su cuerpo, intenta desmoralizarla a base de dureza y presión psicológica. Hasta que ella misma comprueba que incluso las personas más duras y sin escrúpulos, caso del jefe de la policía, tienen su lado humano. Ronald Zehrfeld, que interpreta al director del hospital, más habitual actor de televisión que de cine, da la réplica a la protagonista aunque para mi gusto, no está a la altura de Nina Hoss. Le falta más carácter en las escenas de la pareja, ella le eclipsa cuando están juntos y el proceso de acercamiento a la doctora, por la que se siente atraído, parece que le cuesta expresarlo. Los demás personajes son meramente comparsas, incluso el amante de la protagonista que aparece en varias escenas preparando su fuga, no cala en el espectador, ya que le ve como un añadido que podría haber sido más desarrollado y del que se podía haber sacado más partido. El director, que también es autor del guion, disecciona perfectamente los personajes, sobre todo los dos protagonistas, con mano experta, dotando a la película de un ambiente de realidad, que presenta lo que vemos como imagen fehaciente de la época en que se desarrollan los hechos, mostrando un fiel reflejo de lo que ocurrió en la RDA durante esos años.

En suma, película que nos adentra en una historia cercana en el tiempo, con numerosos premios (sobre todo en festivales alemanes) y que quiere profundizar en el alma humana ante situaciones que no son habituales debido a diferentes circunstancias, en este caso la famosa “Guerra Fría” de los años 70, que marcó a la sociedad alemana y que, entonces, seguía en pleno auge.

Nuevo acercamiento a las películas que se hicieron sobre o con la República Democrática Alemana de fondo (extraña paradoja sobre este país que llevaba la palabra democracia en su nombre, siendo sus actos lo más opuesto a lo que pregonaban) y que siempre, después de verlas, nos dejan ese regusto amargo y dulce a la vez por las historias que nos cuentan sobre las personas que “viven” en ese país, aunque las situaciones que describen pueden perfectamente extrapolarse a otros muchos países que todos tenemos en la mente y en los que las libertades brillan por su ausencia. Siendo la película que más nos recuerda *La vida de los otros* (*Das Leben der Anderen*, Florian Henckel von Donnersmarck; 2006), de ahí el juego de palabras en el título de este artículo.

En esta ocasión asistimos al cambio, tanto emocional como laboral, de una mujer que es encarcelada y, posteriormente, desterrada a un hospital de provincias por el simple hecho de pedir permiso para pasar de una Alemania hacia la otra,